

CORDERO AL MATADERO

Por Roald Dahl

La habitación estaba acogedora y limpia, con las cortinas cerradas y las dos lámparas de mesa encendidas, la suya y la de la silla desocupada de enfrente. En el aparador, detrás de ella, dos vasos altos, agua con gas, whisky. Cubos de hielo frescos en la cubeta del termo.

Mary Maloney estaba esperando que su marido llegara a casa del trabajo.

De vez en cuando echaba un vistazo al reloj, pero sin ansiedad, simplemente para contentarse con la idea de que cada minuto que pasaba hacía que se acercara la hora de su llegada. Tenía un aire de felicidad calmada, ella y todo lo que hacía. La manera en que su cabeza descendía mientras se inclinaba sobre su costura era curiosamente tranquila. Su piel —al ser su sexto mes de embarazo— había adquirido un maravilloso tono reluciente, su boca se veía suave y sus ojos, con su nueva mirada plácida, parecían más grandes y oscuros que antes. Cuando el reloj marcó las cinco menos diez, se puso a escuchar, y unos instantes después, puntualmente como siempre, oyó los neumáticos sobre la grava del exterior, y el portazo del coche, los pasos cerca de la ventana, la llave girando en la cerradura. Dejó a un lado su costura, se levantó y se le acercó para besarle cuando entró.

"Hola, cariño", dijo ella.

"Hola, cariño", respondió él.

Ella cogió su abrigo y lo colgó en el armario. Luego se acercó y preparó las bebidas, una fuerte para él, una suave para ella; y pronto se encontró de nuevo en su silla con la costura, y él en la otra, enfrente, sosteniendo el vaso alto con ambas manos, meciéndolo para que los cubos de hielo tintinearan contra las paredes del vaso.

Para ella, este siempre era un momento de dicha del día. Sabía que él no quería hablar mucho hasta que se terminara el primer vaso, y ella, por su parte, se conformaba con sentarse tranquilamente, disfrutando de su compañía después de largas horas a solas en la casa. Le encantaba deleitarse con la presencia de este hombre, y sentir —casi como un bañista siente el sol— ese cálido resplandor varonil que irradiaba sobre ella cuando estaban a solas. Ella lo amaba por la forma en que se sentaba con soltura en una silla, por la forma en que entraba por una puerta o se movía lentamente por la habitación con largas zancadas. Le encantaba la mirada intencionada y lejana de sus ojos cuando se posaban en ella, la forma graciosa de su boca y, sobre todo, la forma en que guardaba silencio sobre su cansancio, quedándose quieto hasta que el whisky le quitara parte de ese cansancio.

"¿Cansado, cariño?"



"Sí", dijo. "Estoy cansado". Y mientras hablaba, hizo una cosa inusual. Levantó su vaso y lo vació de un solo trago aunque aún quedaba la mitad o, al menos, la mitad. Ella no lo estaba observando, pero supo lo que había hecho porque oyó cómo los cubos de hielo volvían a caer al fondo del vaso vacío cuando él bajó el brazo. Se detuvo un momento, inclinándose hacia delante en la silla, y luego se levantó y fue lentamente a servirse otro vaso.

"¡Yo te lo sirvo!", gritó, saltando.

"Siéntate", dijo.

Cuando regresó, se dio cuenta de que la nueva bebida era de color ámbar oscuro por la cantidad de whisky que contenía.

"Cariño, ¿te traigo las pantuflas?"

"No".

Ella lo observó mientras empezaba a sorber la bebida de color amarillo oscuro, y pudo ver pequeños remolinos aceitosos en el líquido porque era muy fuerte.

"Me parece una vergüenza", dijo ella, "que a un policía que llega a ser tan veterano como tú, lo tengan andando todo el día de pie".

Él no contestó, así que ella volvió a agachar la cabeza y siguió con su costura; pero cada vez que él se llevaba la bebida a los labios, ella oía el tintineo de los cubos de hielo contra las paredes del vaso.

"Cariño", dijo ella. "¿Quieres que te traiga un poco de queso? No he hecho la cena porque es jueves".

"No", dijo él.

"Si estás demasiado cansado como para comer fuera", continuó, "aún no es demasiado tarde. Hay mucha carne y comida en el congelador, y puedes comer aquí mismo sin siquiera moverte de la silla".

Sus ojos esperaban una respuesta, una sonrisa, un pequeño asentimiento, pero él no dio ninguna señal.

"De todos modos", continuó, "primero te traeré queso y galletas".

"No quiero", dijo.

Se movió con incomodidad en la silla, sus grandes ojos seguían observando el rostro de su marido. "¡Pero debes comer! Lo prepararé de todos modos, y luego puedes comerlo o no, como desees".

Se levantó y colocó su costura sobre la mesa junto a la lámpara.

"Siéntate", dijo él. "Solo un minuto, siéntate".

No fue hasta entonces cuando empezó a asustarse.

"Vamos", dijo él. "Siéntate".

Volvió a sentarse lentamente en la silla, observándolo todo el tiempo con aquellos ojos grandes y desconcertados. Había terminado el segundo trago y miraba dentro del vaso con el ceño fruncido.

"Escucha", dijo. "Tengo algo que decirte".

"¿Qué es, cariño? ¿Qué pasa?"

Ahora él se había quedado absolutamente inmóvil y con la cabeza agachada, de modo que la luz de la lámpara que tenía al lado caía sobre la parte superior de su rostro, dejando su barbilla y boca a oscuras. Ella notó que tenía un pequeño músculo que se movía cerca de la esquina de su ojo izquierdo.

"Me temo que esto va a ser un poco chocante para ti", dijo él. "Pero lo he pensado mucho y he decidido que lo único que hay que hacer es decírtelo inmediatamente. Espero que no me culpes demasiado".

Y le dijo. No duró mucho, cuatro o cinco minutos a lo sumo, y ella se quedó muy quieta todo el tiempo, observándolo con una especie de horror aturdido mientras él se alejaba más y más de ella con cada palabra.

"Ahí lo tienes", añadió. "Y sé que es un mal momento para decírtelo, pero, sencillamente, no había otra manera. Por supuesto que te daré dinero y me encargaré de cuidarte. Pero no tiene por qué haber ningún problema, en realidad. Espero que no, de todos modos. No sería muy bueno para mi trabajo".

Su primer instinto fue no creer nada, rechazarlo todo. Se le ocurrió que tal vez ni siquiera había hablado, que ella misma había imaginado todo. Tal vez, si se dedicara a sus asuntos y actuara como si no hubiera estado escuchando, más tarde, cuando se despertara de nuevo, podría descubrir que nada de eso había sucedido.

"Traeré la cena", consiguió susurrar, y esta vez él no la detuvo.

Cuando cruzó la habitación, no sentía sus pies tocar el suelo. No sentía nada en absoluto, salvo unas ligeras náuseas y unas ganas de vomitar. Ahora todo era automático: bajar los escalones hacia el sótano, el interruptor de la luz, el congelador, la mano dentro del armario agarrando el primer objeto que encontrara. Lo sacó y lo miró. Estaba envuelto en papel, así que le quitó el papel y lo miró de nuevo.

Una pierna de cordero.



Muy bien, entonces tendrían cordero para la cena. Llevó la pierna arriba, sujetando el fino extremo del hueso con ambas manos, y cuando atravesó la sala de estar, lo vio de pie junto a la ventana, de espaldas a ella, y se detuvo.

"Por el amor de Dios", dijo él, oyéndola, pero sin girarse. "No me prepares la cena. Voy a salir".

En ese momento, Mary Maloney se acercó por detrás de él y, sin ninguna pausa, balanceó la gran pierna de cordero congelada en el aire y la dejó caer con toda la fuerza que pudo atrás de su cabeza.

Podría haberlo golpeado con un palo de acero y no hubiera habido ninguna diferencia.

Ella retrocedió un paso, esperando, y lo curioso fue que él permaneció de pie durante al menos cuatro o cinco segundos, balanceándose suavemente. Luego se estrelló contra la alfombra.

La violencia de la colisión, el ruido, el vuelco de la mesita, la ayudaron a salir del shock. Se recuperó lentamente, sintiendo frío y sorpresa, y se quedó un rato parpadeando ante el cadáver, todavía sujetando con ambas manos el ridículo trozo de carne.

Está bien, se dijo a sí misma. Así que lo he matado.

Era extraordinario, ahora, lo clara que tenía la mente de repente. Empezó a pensar muy rápido. Como esposa de un detective, sabía muy bien cuál sería la pena. Estaba bien. Eso no le importaba. De hecho, sería un alivio. Por otro lado, ¿qué pasaría con el niño? ¿Cuáles eran las leyes sobre las asesinas con niños no nacidos? ¿Los mataban a ambos, madre e hijo? ¿O esperaban hasta el décimo mes? ¿Qué hacían?

Mary Maloney no lo sabía. Y ciertamente no estaba dispuesta a arriesgarse.

Llevó la carne a la cocina, la puso en una sartén, encendió el horno a tope y la metió dentro. Luego se lavó las manos y subió corriendo al dormitorio. Se sentó ante el espejo, se arregló el pelo, se retocó los labios y la cara. Intentó sonreír. Fue una sonrisa bastante peculiar. Lo intentó de nuevo.

"Hola, Sam", dijo alegremente, en voz alta.

La voz también sonaba peculiar.

"Quiero unas papas, por favor, Sam. Sí, y creo que una lata de guisantes".

Eso estuvo mejor. Tanto la sonrisa como la voz le salieron mejor ahora. Lo ensayó varias veces más. Luego bajó corriendo las escaleras, cogió su abrigo y salió por la puerta trasera, por el jardín, hasta la calle.

Todavía no eran las seis y las luces de la tienda de comestibles seguían encendidas.

"Hola, Sam", dijo alegremente, sonriendo al hombre que se encontraba detrás del mostrador.



"Vaya, buenas noches, Sra. Maloney. ¿Cómo está?"

"Quiero unas papas, por favor, Sam. Sí, y creo que una lata de guisantes".

El hombre se giró y buscó los guisantes detrás de la estantería.

"Patrick ha decidido que está cansado y que no quiere comer fuera esta noche", le dijo ella.

"Solemos salir los jueves, ya sabes, y ahora me ha pillado sin verduras en casa".

"Entonces, ¿quiere carne, Sra. Maloney?"

"No, ya tengo carne, gracias. Tengo una buena pierna de cordero del congelador".

"Oh".

"No me gusta mucho cocinarla congelada, Sam, pero esta vez me arriesgaré. ¿Crees que saldrá bien?"

"Personalmente", dijo el vendedor, "no creo que haya ninguna diferencia. ¿Quiere estas papas de Idaho?"

"Oh, sí, muy bien. Deme dos de esas".

"¿Algo más?" El vendedor ladeó la cabeza, mirándola agradablemente. "¿Y después? ¿Qué le va a dar para después?"

"Bueno, ¿qué sugieres, Sam?"

El hombre echó un vistazo a su tienda. "¿Qué tal un buen trozo de tarta de queso? Sé que le gusta".

"Perfecto", dijo ella. "A él le encanta".

Y cuando todo estuvo envuelto y ella había pagado, puso su sonrisa más brillante y dijo:

"Gracias, Sam. Buenas noches".

"Buenas noches, Sra. Maloney. Y gracias".

Y ahora, se dijo a sí misma mientras se apresuraba por regresar, todo lo que estaba haciendo ahora, era volver a casa con su marido, y él estaba esperando su cena; y debía cocinarla bien, y hacerla lo más sabrosa posible porque el pobre hombre estaba cansado; y si, cuando entrara en la casa, encontrara por casualidad algo inusual, o trágico, o terrible, entonces naturalmente sería un shock y se pondría frenética de pena y horror. Eso sí, no esperaba encontrar nada. Solo estaba yendo a casa con las verduras. La Sra. Patrick Maloney yendo a casa con las verduras, el jueves por la noche, para cocinarle la cena a su marido.

Esa es la manera, se dijo a sí misma. Hazlo todo bien y con naturalidad. Mantén todo absolutamente natural y no habrá necesidad de actuar.



Por eso, cuando entró en la cocina por la puerta de atrás, estaba tarareando una pequeña melodía para sí misma y sonriendo.

"¡Patrick!", llamó. "¿Cómo estás, cariño?"

Dejó el paquete sobre la mesa y pasó a la sala de estar; y cuando lo vio allí tirado en el suelo con las piernas dobladas y un brazo retorcido bajo el cuerpo, fue realmente un shock. Todo el amor de años y la nostalgia por él brotaron dentro de ella, y corrió hacia él, se arrodilló a su lado y empezó a llorar a mares. Fue fácil. No fue necesario actuar.

Unos minutos más tarde, se levantó y fue al teléfono. Conocía el número de la comisaría, y cuando el hombre al otro lado contestó, le gritó: "¡Rápido! ¡Vengan rápido! ¡Patrick está muerto!"

"¿Quién habla?"

"La Sra. Maloney. La esposa de Patrick Maloney".

"¿Quiere decir que Patrick Maloney está muerto?"

"Eso creo", sollozó. "Está tirado en el suelo y creo que está muerto".

"Vamos ahora mismo", dijo el hombre.

El coche llegó rápidamente y, cuando ella abrió la puerta principal, entraron dos policías. Los conocía a ambos —conocía a casi todos los hombres de esa comisaría— y se dejó caer en una silla, luego se acercó para acompañar al otro hombre, O'Malley, que estaba arrodillado junto al cadáver.

"¿Está muerto?", gritó ella.

"Me temo que sí. ¿Qué sucedió?"

Brevemente, contó la historia de cómo había salido a la tienda de comestibles, para después volver y encontrarlo en el suelo. Mientras hablaba, lloraba, y hablaba, Noonan descubrió una pequeña mancha de sangre congelada en la cabeza del muerto. Se la mostró a O'Malley, que se levantó enseguida y se apresuró a coger el teléfono.

Pronto, otros hombres comenzaron a entrar en la casa. Primero un médico, luego dos detectives, a uno de los cuales lo conocía por su nombre. Más tarde, llegó un fotógrafo de la policía y tomó fotos, y también llegó un hombre que sabía de huellas digitales. Había muchos susurros y murmullos junto al cadáver, y los detectives no dejaban de hacerle muchas preguntas. Pero siempre la trataron con amabilidad. Volvió a contar su historia, esta vez desde el principio, cuando Patrick había llegado, y ella estaba cosiendo, y él estaba cansado, tan cansado que no había querido salir a cenar. Contó cómo había puesto la carne en el horno —



"ahora está ahí, cocinándose"— y cómo había salido un momento a la tienda de comestibles para comprar verduras, para después volver y encontrarlo tirado en el suelo.

"¿Qué tienda de comestibles?", preguntó uno de los detectives.

Ella se lo dijo, y él se giró y susurró algo al otro detective, que inmediatamente salió a la calle.

En quince minutos estaba de vuelta con una página de notas, y hubo más susurros, y a través de sus sollozos ella escuchó algunas de las frases susurradas —"... actuó bastante normal... muy alegre... quería darle una buena cena... guisantes... tarta de queso... imposible que ella...".

Al cabo de un rato, el fotógrafo y el médico se marcharon y otros dos hombres entraron y se llevaron el cadáver en una camilla. Entonces el hombre de las huellas digitales se fue. Los dos detectives se quedaron, y también los dos policías. Fueron excepcionalmente amables con ella, y Jack Noonan le preguntó si no prefería ir a otro sitio, a casa de su hermana quizás, o a la de su propia esposa, quien la cuidaría y alojaría durante la noche.

No, dijo ella. No se sentía capaz de moverse ni un metro en este momento. ¿Tendrían algún inconveniente con que se quedara donde estaba hasta que se sintiera mejor? No se sentía muy bien en este momento, en verdad no se sentía bien.

Entonces, ¿no era mejor que se acostara en la cama? Preguntó Jack Noonan.

No, dijo ella. Le gustaría quedarse donde estaba, en esta silla. Un poco más tarde, quizás, cuando se sintiera mejor, se movería.

Así que la dejaron allí mientras se dedicaban a realizar su trabajo, registrando la casa. De vez en cuando uno de los detectives le hacía otra pregunta. A veces Jack Noonan le hablaba suavemente al pasar. Su marido, le dijo, había sido asesinado por un golpe en la parte posterior de la cabeza con un instrumento pesado y contundente, un gran trozo de metal, casi con total seguridad. Estaban buscando el arma. El asesino puede habérsela llevado, pero por otro lado puede haberla tirado o escondido en algún lugar del recinto.

"Es la vieja historia", dijo. "Consigues el arma y tienes al hombre".

Más tarde, uno de los detectives se acercó y se sentó a su lado. ¿Sabía ella, preguntó, de algo en la casa que pudiera haber sido usado como arma? ¿Le importaría echar un vistazo para ver si falta algo, una llave inglesa muy grande, por ejemplo, o un jarrón pesado de metal?

No tenían jarrones pesados de metal, dijo ella.

"¿O una llave inglesa grande?"

Ella no creía que tuvieran una llave inglesa grande. Pero puede haber algunas cosas así en el garaje.

La búsqueda continuó. Sabía que había otros policías en el jardín alrededor de la casa. Podía oír sus pasos en la grava del exterior, y a veces veía el destello de una linterna a través de una rendija de las cortinas. Comenzaba a hacerse tarde, casi las nueve, se dio cuenta, según el reloj de la chimenea. Los cuatro hombres que registraban las habitaciones parecían estar cada vez más cansados, un poco exasperados.

"Jack", dijo ella, la siguiente vez que pasó el sargento Noonan. "¿Le importaría servirme una bebida?"

"Claro, le serviré una. ¿Se refiere a este whisky?"

"Sí, por favor. Pero solo un poco. Puede que me haga sentir mejor".

El sargento le entregó el vaso.

"¿Por qué no se sirve uno también?", dijo ella. "Debe estar muy cansado. Por favor, hágalo. Se ha portado muy bien conmigo".

"Bueno", respondió él. "No está permitido del todo, pero podría tomar solo una gota para que me ayude a seguir".

Uno a uno, los demás entraron y fueron convencidos de tomar un pequeño sorbo de whisky. Se quedaron de pie con algo de torpeza y con las bebidas en la mano, incómodos en su presencia, tratando de decirle cosas para consolarla. El sargento Noonan entró en la cocina, salió rápidamente y dijo: "Mire, Sra. Maloney. Sabe que ese horno suyo sigue encendido y que la carne sigue dentro".

"¡Oh, Dios mío!", gritó ella. "¡Así es!"

"Será mejor que lo apague por usted, ¿no?"

"¿Podría hacerlo, Jack? Muchas gracias".

Cuando el sargento volvió por segunda vez, ella le miró con sus ojos llorosos, grandes y oscuros.

"Jack Noonan", dijo ella.

"¿Sí?"

"¿Me harían un pequeño favor, tú y los otros?"

"Podemos intentarlo, Sra. Maloney".

"Bueno", dijo ella. "Aquí están todos, buenos amigos del querido Patrick, ayudando a atrapar al hombre que lo mató. A estas alturas deben estar sumamente hambrientos porque ya ha pasado la hora de la cena, y sé que Patrick nunca me perdonaría, Dios bendiga su alma, si dejara que se quedaran en su casa sin ofrecerles buena hospitalidad. ¿Por qué no comen el cordero que está en el horno? Ya estará bien cocinado".



"Ni pensarlo", dijo el sargento Noonan.

"Por favor", suplicó. "Por favor, cómanlo. Personalmente no podría tocar nada, y menos lo que había en la casa cuando él estaba aquí. Pero ustedes sí pueden. Me harían un favor si se lo comieran. Luego pueden volver a trabajar".

Los cuatro policías dudaron bastante, pero estaba claro que tenían hambre y al final se les convenció para que entraran en la cocina y se sirvieran. La mujer se quedó donde estaba, escuchando cómo hablaban entre ellos, con voces gruesas y descuidadas porque tenían la boca llena de carne.

"¿Te sirvo más, Charlie?"

"No. Mejor no hay que acabarlo".

"Ella quiere que lo acabemos. Eso dijo. Le estaríamos haciendo un favor".

"Está bien, entonces. Dame un poco más".

"Menudo palo debe haber usado el tipo para golpear al pobre Patrick", decía uno de ellos.

"El doctor dice que su cráneo fue destrozado como si hubieran usado un mazo".

"Por eso debería ser fácil de encontrar".

"Eso mismo digo".

"Quienquiera que lo haya hecho, no va a cargar con una cosa así más tiempo del necesario".

Uno de ellos eructó.

"Personalmente, creo que está aquí en el recinto".

"Probablemente delante de nuestras narices. ¿Qué piensas, Jack?"

Y en la otra habitación, Mary Maloney comenzó a reírse.